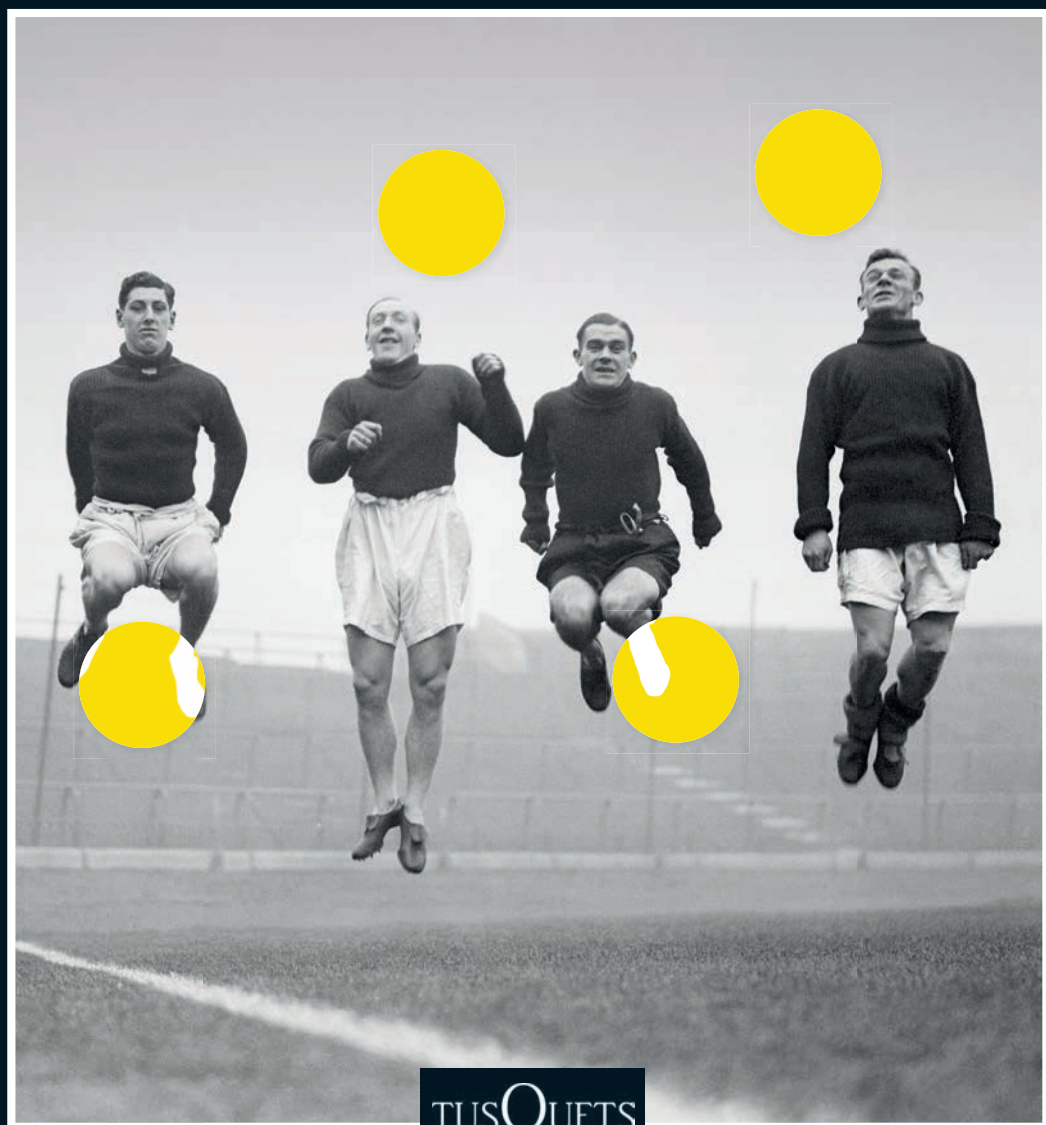


J.L. Carr

# CÓMO LLEGAMOS A LA FINAL DE WEMBLEY

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

J.L. CARR  
CÓMO LLEGAMOS  
A LA FINAL DE WEMBLEY

Traducción de Puerto Barrietabeña

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *How Steeple Sinderby Wanderers Won the FA Cup*

1.ª edición: enero de 2018

© 1975 by Bob Carr

© de la traducción: Puerto Barrietabeña Diez, 2018  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-480-3  
Depósito legal: B. 11-2018  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Prefacio.....	9
Primera parte .....	13
Segunda parte .....	73

Tras el generoso reparto de todo el dinero obtenido al final de la competición, se destinaron mil libras para que se redactara una «historia oficial». Una de las personalidades más relevantes de la prensa deportiva le sugirió la idea a nuestro presidente. En su carta decía: «Sería aconsejable (aunque yo más bien diría que es una obligación) que en los anales del deporte moderno quedara constancia para la posteridad de esta insigne hazaña, y yo, señor, me sentiría muy honrado si pudiera realizar este servicio para usted y su noble equipo, siempre y cuando lleguemos a un acuerdo beneficioso para ambas partes...». Y añadía que le encantaría que el señor Fangfoss escribiera un breve prefacio y que en el frontispicio del libro apareciera un retrato del señor Fangfoss en color, con su firma justo debajo.

Él era el hombre indicado para semejante tarea, no cabía la menor duda. Sus crónicas de los partidos en los principales periódicos dominicales eran de una calidad extraordinaria. Incluso cuando los directores de publicidad y distribución dejaron de pelearse entre sí para conspirar contra él y conseguir que lo despacha-

ran con todos sus bártulos al norte, donde ya solo escribía, pasando frío, sobre algún deprimente encuentro de cuarta división con pelea incluida, uno sabía, al leer sus crónicas, que estas eran pura literatura. De hecho, sus artículos se habían recopilado en libros que habían acabado en las bibliotecas y antologías escolares. Sin embargo, había algo realmente sorprendente, y es que, si bien él había oído hablar del señor Fangfoss, nuestro presidente nunca había oído hablar de él.

—¿X? —le preguntó al resto de la directiva durante una reunión—. ¿Quién es ese tal X? Nuestro hombre es usted, señor Gidner. Al fin y al cabo, se gana la vida escribiendo.

—Pero no como él —protesté—. Lo que yo hago no puede considerarse literatura de verdad...

El señor Fangfoss tenía una forma infalible de salirse con la suya en las reuniones de la junta directiva: cambiaba el orden de la frase y repetía lo mismo que ya había dicho, pero más alto.

—EL SEÑOR GIDNER: ÉL ES NUESTRO HOMBRE. AL FIN Y AL CABO, SE GANA LA VIDA ESCRIBIENDO. AQUÍ TODOS LO SABEMOS. Los que estén a favor, que digan «sí»... ¡Muy bien! ¡Unanimidad! Decidido. Quinientas libras por adelantado y otras quinientas cuando haya terminado. Eso sí, nada de historias poco realistas. Límitese a la verdad, y nada más. Y si tiene algún problema para dilucidar cuál es la verdad, hable conmigo. El siguiente punto del orden del día es...

Este relato no es la historia oficial. Se trata de un borrador. La historia oficial será mucho más larga, se comprobarán todos los detalles uno por uno para constatar que se dice la verdad y nada más que la verdad, se suprimirá todo lo que sea de mal gusto y estará mejor escrita. También costará más.

Pero si lo único que quieren saber es qué ocurrió, con lo que hay aquí escrito tienen de sobra. Y lo que pasó, pasó porque tres hombres extraordinarios (bueno, tal vez cuatro) se encontraban, casualmente, en el mismo lugar al mismo tiempo. ¡Pura coincidencia! Aunque en realidad, si lo piensan bien, las cosas más insólitas suceden gracias a esas casualidades. Todo se reduce a eso: ELLOS ESTABAN ALLÍ.

Esta historia empezó el viernes 14 de marzo, el día en que finalizó la anterior temporada de fútbol. En esa época del año, en nuestra zona, las regueras de los campos de remolacha azucarera conducen toda el agua de las últimas lluvias del invierno hacia los desagüaderos, y después a las acequias, hasta que por fin la tierra emerge de nuevo, para tranquilidad de todos, por encima del nivel del mar; también es el momento en que los botes de mermelada se llenan de grumos pegajosos, y en que llega el día, que siempre es un presagio cierto y seguro de la primavera, en que los inquilinos de las viviendas propiedad del ayuntamiento (que más avanzado el año serán perseguidos por los miembros del Consejo del Distrito Rural porque no se ocupan adecuadamente de sus jardines) salen tímidamente, en un arrebato de optimismo, a remover la tierra con sus

palas. Y, casualmente, ese día el colegio del pueblo acababa de pasar una inspección gubernamental, que no se había limitado a un examen superficial, sino que había supuesto una revisión profunda y un exhaustivo escrutinio de lo que allí se hacía. Alex Slingsby me lo contó todo.

Por lo visto, finalizado su trabajo, el inspector, esa especie de espía a punto de emprender la huida, cogió su maletín negro, mostró por primera vez una sonrisa y, cuando ya se dirigía a la puerta, admitió, vacilante, que había sido un placer inspeccionar el pequeño centro que dirigía el doctor Kossuth y que ojalá hubiera más como el suyo en la zona (aunque pidió que no le contaran a nadie que había dicho eso).

Solo quedaba un detalle menor que debía investigar: quería saber cómo había logrado el director entrenar a todos, absolutamente a todos los niños, para que realizaran esas asombrosas hazañas de memorización que él había visto durante toda la semana; por ejemplo, la que realizó el niño que recitó los doscientos versos de «Cómo Horacio logró conservar el puente», o la niña que describió con una exactitud impresionante un cuadro que había visto en una excursión que hizo con la clase a la galería de arte municipal de Birmingham: *Chaucer leyendo ante la corte del rey Eduardo III*.

—¡La detalladísima descripción del vestuario medieval era muy impresionante! —reconoció el inspector—. Tuve que pedirle que parara... ¡Qué demostración de las posibilidades de la memoria humana!



El doctor Kossuth se sintió humildemente complacido al oír aquello, porque, al ser extranjero, no estaba condicionado por nuestra glacial indiferencia hacia todo lo que tiene que ver con la educación de los jóvenes de la nación, y se puso a hablar de inmediato largo y tendido sobre su teoría (en cuyos detalles no me voy a detener aquí porque esta es una historia sobre fútbol), que básicamente se reduce a lo siguiente: a los niños solo hay que enseñarles a aprender y a recordar lo que han aprendido únicamente durante el tiempo en que les vaya a resultar útil. Así que todos los niños de Steeple Sinderby se pasaban siete horas y media a la semana aprendiendo materias como observación exacta, lectura rápida o retención de conocimientos. Además, los alumnos más brillantes conseguían un extra importante: cómo conseguir que la paja les entrara por un oído y les saliera por el otro mientras aprovechaban el tiempo pensando de forma constructiva.

—Hum... Ah... —iba murmurando el inspector mientras el doctor hablaba, sin duda preocupado porque, si esa novedosa y revolucionaria doctrina se popularizaba, muchos como él se iban a quedar sin un trabajo que les permitiera ganarse el pan.

—De todas formas —insistió el doctor, pensando en que, si era la memorización lo que había despertado la curiosidad de esa visita tan distinguida, ninguno de los dos casos que había mencionado era la mejor representación del método de Kossuth, porque: a) la de Horacio era una historia muy realista, y b) la niña

había *visto* el cuadro—, escoja a cualquier niño —animó al inspector—. ¡A cualquiera! —La suerte hizo que eligiera a Bill Fangfoss—. Bien, este muchacho no ha estado en un tren en su vida, porque el doctor Beeching, como presidente de la British Railways, inutilizó todas las vías de esta región antes de que él naciera. Sin embargo, elija usted cualquier ruta ferroviaria británica que conozca, aunque ya solo exista en los mapas, y Billy le enumerará todas las estaciones y paradas en el orden exacto hasta llegar a la confluencia con la línea principal, momento en que deberá decirle si quiere girar a la derecha, a la izquierda o seguir recto.

—De Banbury a Cheltenham —le dijo el inspector a Billy.

—Banbury – King’s Sutton – Adderbury – Milton – Hook Norton – Great Rollright – Chipping Norton – Kingham (pasando por Bledington y Church Icomb) – Stow on the Wold – Bourton on the Water...

—Muy bien, gracias —interrumpió el inspector—. Eres un niño muy listo y seguro que apruebas el examen para pasar a secundaria.

Y tras presenciar aquello, el pobre diablo se marchó de allí, dándole vueltas a la revelación de la que acababa de ser testigo: ¡cuántos diamantes en bruto encerraban las cuevas de la oscura e ignota Gran Bretaña! Y, sin duda, nada más doblar la primera esquina empezó a asentir con la cabeza, abrumado por una enorme humildad, fruto de aquel encuentro con una de las mentes realmente grandes de nuestros tiempos.

El título de esta historia no es un engaño ni un delirio: realmente, trata de fútbol. Solo he relatado este episodio para demostrar que en nuestro pueblo vivía, ajeno por completo a la fama, este hombre asombrosamente original, alguien preparado, preparadísimo para elevar a lo más alto instituciones nacionales de profundo arraigo (incluso, como se verá, esas sagradas reliquias deportivas cubiertas de barro que tiempo atrás enterraron el señor Hardaker\* y la liga de fútbol) y adaptarlas a la era en que vivimos. Y créanme cuando les digo que no hay muchos hombres así en esta nación antaño gloriosa.

Pero él estaba aquí. Y por eso Steeple Sinderby, una población de 547 habitantes, situada a diez metros sobre el nivel del mar en la estación seca, ganó el trofeo deportivo más codiciado de toda Gran Bretaña. Bueno, en parte fue porque él estaba aquí, pero hubo otros que también desempeñaron un papel en todo esto. Incluso yo tuve el mío.

Resulta triste tener que admitir que el doctor Kossuth no era inglés de nacimiento. Debido a que sus ideas políticas eran tan originales como las que tenía sobre educación, sus compatriotas húngaros le arrebataron su puesto en la universidad, y le habrían privado tam-

\* Alan Hardaker fue un ex jugador de fútbol que desempeñó el cargo de administrador y secretario de la liga de fútbol inglesa desde finales de los años cincuenta hasta finales de los setenta y acometió una importante reforma del fútbol de la época. (*N. de la T.*)

bién de su libertad si no hubiera logrado escapar de manera subrepticia. Pero para cuando comenzó esta historia, él ya se sentía satisfecho con su pacífica vida en el anonimato y con nuestra escuela, cuya puerta estaba rodeada de rosales. Su guapa y joven esposa también suponía para él un gran consuelo.

Era doctor, pero no en medicina, sino en filosofía. De hecho, él prefería que lo llamaran «señor» para no tener que soportar que la gente le hablara de sus dolores de espalda. Pero nuestro presidente, el señor Fangfoss, que también era el presidente de la junta de directores de escuela, insistía en que todo el mundo se dirigiera a él llamándolo «doctor». Los dos hijos de nuestro presidente iban a la escuela local, y él aseguraba que, con un doctor como director, era como si los estuviera enviando a una escuela privada. De hecho era mejor, dado que se financiaba a costa de los impuestos.

Se trataba de un colegio pequeño en el que solo había tres profesores: el doctor, el señor Croser, que llevaba allí sesenta años (desde pequeño, primero como alumno, después como profesor en prácticas y, finalmente, como profesor titular), y Alex Slingsby. Ahora todo el mundo conoce a Alex; al fin y al cabo, ya forma parte de la historia del fútbol, es el Alejandro Magno de las hazañas futbolísticas. Y por una vez no se trata de las exageraciones habituales: Alex era *realmente* magnífico. Pero, incluso en aquel profético día que dio origen a todo, cualquier fanático que hubiera estudiado minuciosamente los archivos futbolís-

ticos como si fueran las Sagradas Escrituras podría haberles dicho que, siete años antes, un tal A. Slingsby había jugado seis partidos con el Aston Villa antes de desaparecer en medio del vasto y atestado silencio que reina más allá de las páginas de deportes de los periódicos. Entonces se retiró a Steeple Sinderby, donde nadie podía ni imaginar la gloria que había rozado pero que se vio truncada nada más comenzar. Allí se dedicó a entrenar al equipo local. En la época en que se desarrolla este relato tenía veintisiete años.

Los Sinderby Wanderers habían tenido una temporada bastante buena. Parecía que iban a acabar terceros o cuartos en la liga del distrito de Barchester y habían llegado hasta la semifinal del trofeo Lord Channing Constituency Challenge Cup, aunque en ese partido el Cascob Colliery Welfare los hizo pedazos. Para Alex, tener que verse en esos lodazales deportivos debía de resultar doloroso, pero él sufría en silencio, hasta que... hasta que el interés que mostró el inspector gubernamental por el sistema del doctor hizo que su forma de pensar saltara del nivel comarcal al estatal.

Entonces le dijo al doctor (y cito, para que consten, sus palabras *exactas*): «Si usted centra todas sus capacidades en esto, doctor, seguro que se le ocurre algo igual de revolucionario, pero aplicable al fútbol. Y si lo logra, espero que me haga el favor de permitir que nuestros Wanderers sean los primeros en llevar a la práctica lo que usted proponga».

Fue un momento solemne. Más tarde me confesaría: «Parecía que no estuviera hablando yo, sino otra persona».

—Quiero ayudarle, señor Slingsby —dijo el doctor Kossuth—. Lo pensaré.

Unas palabras sencillas, pero cargadas de significado, como verán más adelante.

Ahora debo exponer, con cierto bochorno, cómo me vi envuelto en todo esto.

Dejé la facultad de teología por un problemilla que tuve, y acabé en Sinderby, un lugar del que, naturalmente, nunca había oído hablar. Llegué ahí tras responder a un anuncio que ofrecía dos habitaciones en el primer piso de una vivienda exentas de pago, solo a cambio de «ayudar en el cuidado de una persona inválida durante la jornada laboral». Y resultó que esa tarea solo implicaba echarle un vistazo de vez en cuando, para comprobar que estaba bien, a la mujer de Alex Slingsby, Diana. Después del trance que acababa de pasar, el aislamiento total me venía de perlas, podía desempeñar mi nuevo trabajo en cualquier lugar donde hubiera una oficina de correos, y no tener que pagar alquiler era lo que necesitaba para que el dinero me alcanzara justo para vivir. Créanme, escribir versos para tarjetas de felicitación no es tan fácil como la gente cree. Sé que es la imagen la que vende las tarjetas, pero todos, excepto los analfabetos, miran también lo que está impreso dentro. No debe quedar ni la

más mínima duda sobre el mensaje; sinceridad y verdad con un poco de brillo que vaya sobre todo en sintonía con el cliente. Tal vez por eso nuestro presidente, el señor Fangfoss, quiso que yo escribiera la historia oficial; el señor Fangfoss es una persona que reverencia la verdad.

Yo era el secretario de los Wanderers. Durante la temporada tenía establecida una rutina constante. La noche de los lunes la dedicaba a la administración. Y con administración quiero decir enviar por correo los resultados del partido del sábado al secretario de la liga, el señor H. Willis de Barchester, que en la vida real era recaudador de impuestos municipales en el distrito, y después escribir una crónica para el periódico *Barchester and District Weekly Messenger*, que me pagaba cincuenta peniques más el coste del franqueo; era una tarifa fija, tanto si decidían publicar dos líneas como si incluían veinte. Después preparaba la lista de convocados para la semana siguiente y la dejaba en el *pub* Black Bull para que la colocaran en la ventana. Y por último llevaba toda la ropa sucia del equipo a casa de la señora Lennox para que la lavara (las camisetas, dos peniques y medio; los pantalones cortos, un penique; y medio penique cada media. La tarifa incluía el planchado de las camisetas). Si se preguntan cómo se escogía a los convocados, les diré que era algo que se hacía mientras los jugadores se cambiaban después del partido. La convocatoria consistía básicamente en que el capitán preguntaba a voz en grito: «¿Quién no puede venir la semana que viene?».

Yo tenía un ayudante: el cabo. Había recibido un disparo en la cabeza durante la batalla de El Alamein, y llevaba una placa metálica en el lugar del impacto, que les enseñaba encantado a todos los niños que mostraban interés por verla.

Los sábados eran el gran día. Normalmente me encontraba con el cabo una hora antes del inicio del partido junto al monumento de Preaching Cross y de ahí nos íbamos al campo, poníamos las redes de las porterías, las revisábamos para asegurarnos de que no tuvieran agujeros, clavábamos los banderines del córner y remarcábamos las bandas, las líneas centrales, las zonas de penalti, etcétera, echándoles serrín. Después, mientras el cabo se ocupaba de limpiar los desagües que conducían la orina hasta una fosa y de tapar los agujeros que había en los setos por los que podía colarse alguien sin pagar, yo cortaba las naranjas para el descanso en el vagón de ferrocarril de primera clase reformado que utilizábamos como vestuario. Siempre la misma rutina; no variaba nunca.

Después me envolvía con mi capa marcial y me apostaba en la puerta del campo para vender entradas, que venían cortándose del mismo rollo desde hacía cuatro años. Unos diez minutos antes del pitido inicial delegaba mi tarea en un muchacho y me dirigía al vagón para remachar todos los clavos de las botas que hubieran traspasado la suela durante la semana, y para limpiarlas y engrasarlas después. Era muy importante que no se me olvidara ese detalle, porque siempre había un par de jugadores que echaban la culpa de su



incompetencia en el juego a que sus botas no estaban bien engrasadas.

Como se desprende de la descripción anterior, yo me encargaba prácticamente de todo lo que había que hacer en el club, excepto de darle patadas al balón. Y no lo digo con ánimo de compadecerme. Me gustaba esa tarea porque: a) me daba algo que hacer los aburridos fines de semana del aburridísimo final del año, y b) me gustaba sentirme imprescindible. Cuando hoy en día la mayoría de la gente estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por evitar implicarse, tal vez lo que acabo de decir parezca una locura. Pero es que se dan casos en que hay personas que desaparecen de la región, o que incluso dejan esta vida, y ni te enteras. Alguien te dice: «Hace mucho tiempo que no veo a X», y otra persona responde: «¿Ah, ese? Mi mujer leyó en el periódico que se murió en no sé dónde. Creo que fue el pasado julio. ¿O era su padre el que se murió?».

Por lo menos, si yo me muriese, muchos de los habitantes de Steeple Sinderby se enterarían al instante. Sobre todo, si ocurriese un lunes o un sábado durante la temporada de fútbol.

Esa exposición voluntaria a las inclemencias del tiempo y un gasto mínimo de saliva me habían proporcionado a cambio un lugar en la sociedad local; yo era necesario. Y, además, esas tareas me servían para ocupar muy satisfactoriamente las noches de los sábados, los domingos y los lunes cuando, como decía el gran Tennyson:

mis nervios se quiebren  
con punzadas lacerantes. Y el corazón enfermo  
y las ruedas del tiempo giren pausadamente.

Cualquiera que haya experimentado la vida de soltero en una habitación alquilada en una zona rural reconocerá la gran verdad que hay en estos versos o, en todo caso, los verá como una descripción de lo más comedido. La gente no sabe nada de lo que pasa en la Inglaterra rural entre la última excursión que hicieron para ver el misterioso cambio de color de las hojas en otoño y el siguiente viaje para ver el igualmente misterioso florecimiento de las plantas en primavera. El barro, la niebla, los árboles que gotean, la oscuridad, las inundaciones, las fuertes ráfagas de viento que se cuelan bajo las puertas que ya no cierran bien, los escabeles mojados, las teclas de órgano pegajosas, los suelos de piedra, ese terrible olor a putrefacción...

Disculpen esta divagación: es que quiero que me *comprendan*. Y si algún lector todavía se pregunta cuándo voy a empezar a hablar de fútbol, le diré que no estoy desperdiciando mi tiempo al explicar todo lo que hace falta para conseguir que veintidós gladiadores se lancen a la arena, porque esto que estoy contando *ya* es fútbol.

Al siguiente partido que jugamos en casa en sábado asistió el doctor con la señora Kossuth, su bella esposa,

a quien voy a describir a continuación. Ella era como mínimo quince años más joven que él; de hecho, tenía más o menos mi edad, y alguien me había dicho que había sido alumna suya en Hungría. La verdad es que solo se la podía describir como imponente; al menos a mí me *imponía* mucho. Llevaba el pelo rubio platino peinado hacia atrás, sus profundos ojos tenían una mirada submarina y su figura hacía que al contemplarla me fallaran las rodillas. Siempre había tenido muy buena opinión de las chicas inglesas hasta que mis ojos se posaron por primera vez en la señora Kossuth; más adelante vi un documental que me dejó claro que una de cada tres chicas que cruzaban las calles de Budapest era básicamente un doble de ella. Y por eso no me habría importado ser uno de los ladrones del robo del siglo\* (sé que un par de personas de aquí creyeron que yo era uno de ellos) y tener que huir a ese país, como la señora Kossuth había venido huyendo al nuestro.

Aquel agradable día de abril ella lucía su caro abrigo de piel de leopardo, su sombrerito de piel perfectamente sujeto al moño en que se había recogido el pelo, y botas altas de cuero. Y el doctor llevaba un abrigo largo centroeuropeo de color negro con el cuello de astracán, señal de que en algún momento había

\* El autor se refiere al asalto al tren postal de Glasgow-Londres, un famoso robo ocurrido el día 8 de agosto de 1963. La prensa se refirió a este atraco como «el robo del siglo», por la meticulosa planificación y lo cuantioso del botín (unos 2,6 millones de libras esterlinas de la época). (*N. de la T.*)

gozado de cierta prosperidad. Por supuesto, me negué a cobrarles los cinco peniques de la entrada.

Si les parece que le he prestado una atención casi obsesiva a su apariencia, esto se debe a que los espectadores habituales de los partidos locales son mujeres toscas y belicosas, cuya agresividad queda frustrada cuando sus maridos derrotados huyen a los aislados palomares al fondo de los jardines de sus vecinos. Y esas mujeres, tanto en invierno como en verano, llevan un atuendo solo adecuado para vivir rodeadas de témpanos de hielo, y cerrado con un buen número de botones de gran tamaño.

Cuando comenzó el partido, el doctor empezó a hablarle de forma discreta a una diminuta grabadora; había escogido un sitio en una esquina remota del campo, pues era lo bastante inteligente para saber que a los campesinos ingleses, con una larga historia de levantamientos salvajemente sofocados a sus espaldas, no les iba a gustar nada verlo grabando allí. Después, ambos se fueron justo antes del final. Al salir, el doctor me pidió que le dijera a Alex Slingsby que quería ver un partido de profesionales en Leicester antes de emitir una valoración definitiva.

—Considero que esto es ir más allá del deber, señor Gidner —dijo—. Y con esto me refiero a pagar para ver a unos cuantos hombres adultos corriendo de acá para allá dándole patadas a un balón...

Pero dicho esto, por suerte, sonrió.